

LIBROS

Psicoterapia
y religión

El psicoterapeuta vienés Viktor E. Frankl edita este libro (1) donde resume —a través de dos escritos complementarios de diferentes épocas— su punto de vista acerca del análisis existencial o logoterapia como él lo llama.

En la selva de interpretaciones que sobre las desviaciones psíquicas y caracterológicas han aparecido en este siglo, es este un autor que es necesario conocer porque enlaza con la tradición occidental de nuestra cultura, bajo un aspecto estimulador cuya lectura y consideraciones ayudarán a muchos lectores demasiado desesperanzados ya por la "mecánica del espíritu" a que nos tiene acostumbrados gran parte de la psicoterapia contemporánea.

Especialistas cada vez más numerosos que provienen de uno de esos campos extremos, o de sus posturas intermedias, han dado un cambio metodológico valorando nuevamente lo que podríamos llamar el poder del espíritu.

El materialismo occidental, desarrollado sobre todo en el siglo XIX, nos ha acostumbrado a este mecanicismo que tiene dos vertientes principales: la orgánica y la psíquica. Y a través de ellas se quiere curar al enfermo, o bien orientar al desajustado. Pero la gran pregunta es: ¿cómo ser eficaces?, ¿basta esa mecánica psíquica u orgánica para conseguir la superación de los desajustes o desviaciones?

Los procedimientos simplistas y parciales empiezan a entrar en crisis, a pesar de sus éxitos relativos; y se comienza a vislumbrar un nuevo horizonte que ilumine el camino con nuevas actitudes más profundas, no sólo ni principalmente buceando en el inconsciente psíquico, o inclinándose por la pura rectificación de la conducta en el otro extremo, sino acudiendo a eso que podríamos bautizar como el "poder del espíritu".

Yo creo que en el siglo pasado hubo dos precursores muy

(1) Viktor E. Frankl, "La presencia ignorada de Dios". Ed. Herder, Barcelona, 1977.

diferentes: Engels y Williams James que así lo comprendieron. Ambos pensaron que el espíritu no era una fuerza, un impulso, sino un "poder". Que éste, podía sin esfuerzo físico o psíquico material, desviar la atención del individuo hacia las metas deseadas, y la presencia envolvente de estas metas pondría en marcha nuestros mecanismos impulsivos positivos sin luchar directamente contra los que eran negativos. Sin ser un impulso, el espíritu tiene un poder que los occidentales ya no sabemos usar y menos los católicos en nuestra gran crisis religiosa de identidad. De ahí el marasmo en que nos encontramos. Somos como náufragos perdidos flotando malamente en una pequeña balsa dentro de la inmensidad de la vida; balsa que se mueve al azar de las influencias exteriores o interiores.

Y lo que hace Frankl —y ayer Binswanger y hoy Caruso, Rollo May o A. Maslow— es llamar la atención del hombre de nuestra cultura hacia esa posibilidad que lleva dentro de sí mismo, y que se mantiene adormecida y oculta por toda suerte de fuerzas internas o externas que se apoderan de él.

El libro chocará a quienes se han acostumbrado a otros prismas demasiado mecánicos para conocer la realidad humana. Pero su lectura hace pensar y abre una esperanza que no podemos olvidar o posponer. No somos el animal puramente cerebral de los científicos naturalistas del siglo pasado, ni una máquina cibernética que pueda ser más o menos teledirigida, o una selva de impulsos ciegos. En él existen otras posibilidades que debemos reconsiderar.

Incluso el aspecto religioso sale a relucir muy adecuadamente en las páginas de este libro porque aunque la religión no es del ámbito de la psicoterapia, según el autor el hombre es un creyente consciente o inconscientemente, porque anhela algo que desborda sus estrechos horizontes individuales y que fácilmente incide en su conflictividad psicológica. De ahí que no sea extraño que el análisis existencial descubra esta veta inconsciente en muchos hombres y mujeres, que necesitan una correcta reorientación, adoptando una actitud auténtica, que uno mismo debe crear responsablemente. Este sentido de la responsabilidad, sin angustias morbosas, es la nueva faceta que todos debemos adquirir de cara a conseguir un hombre y una sociedad más jus-

ta con una actividad que tenga sentido pleno.

Uno de los puntos más importantes de la investigación logoterápica es por eso el descubrimiento de la necesidad de dar sentido el ser humano a su vida. Cuando éste lo consigue sin idealismos por un lado ni escepticismos por otro, empieza a vivir más ajustadamente consigo mismo, y se hace un hombre más eficaz para conseguir una justa sociedad.

El autor pone algunos ejemplos reales de su vida clínica para que se comprenda cómo deben intentar descubrir esta veta oculta quienes padecen cualquier desajuste de carácter o de mayor fondo psíquico. Ese culto anhelo de dar un sentido a la vida, y llenarla positivamente por una decisión personal sin dejarse llevar por las circunstancias, debe ser realizado conscientemente por el hombre.

Creo importante la lectura reflexiva y crítica sin prejuicios —tanto por creyentes, como por no creyentes— de estos autores antes citados y especialmente de Frankl, que entre nosotros no se han difundido suficientemente. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Un viaje
a la angustia

Justo Jorge Padrón, nacido en Las Palmas hace treinta y

to tiempo con motivo de haber contraído matrimonio con una sueca, Padrón ha sabido empaparse de la cultura nórdica dándole a conocer al público español. Inapreciables son en este sentido sus traducciones y antologías de la joven poesía sueca y de la poesía noruega y sus ensayos acerca de la poesía finlandesa e islandesa. Como creador aúna sus hallazgos personales a los mejores logros de la generación poética de 1927, de la que recibe dos influencias decisivas: la de Vicente Aleixandre —maestro indiscutible de la mayor parte de los poetas de posguerra— y la de Dámaso Alonso. Del primero toma el tono apasionado y la reverberante fuerza de la palabra; del segundo, el implacable análisis de la angustia y el airado reproche contra la capacidad destructora del hombre, no salvándose de la unánime condena del propio poeta, sobre el que se dirigen los más envenenados dardos acusadores. Padrón, al igual que Dámaso Alonso, necesita cargar con la pena y la culpabilidad del mundo para purificarse de su amargura ontológica y quedar en paz consigo mismo; ahora bien, mientras la paz damasiana está abierta a la esperanza y es un camino claro de reconciliación con Dios, la paz de Padrón está agusanada por el vacío desesperanzado de la muerte.

"Los círculos del infierno" es la lenta inmersión en el aterra-



Justo Jorge Padrón.

tres años, es autor ya de tres libros de poemas: "Los oscuros fuegos", "Mar de la noche" y "Los círculos del infierno", Premio Fastenrath 1977 y objeto del presente artículo. Transplantado a Suecia durante cier-

do mundo del subconsciente donde existen aguas cenagosas, insectos insaciables, magma con iracundos ojos diminutos, hielos candentes y espejos reveladores de la locura y del horror. El prologoista del libro, el eminente